

# El libro póstumo de Miguel Hernández

F. HERNANDEZ GIRBAL

Después de nuestro encuentro en la Alianza de Intelectuales Antifascistas, no vi a Miguel Hernández hasta los primeros días de 1939, cuando las operaciones militares en Cataluña precipitaban el final de guerra, aunque muchos de nosotros, la mayoría, no quisiéramos aceptarlo. Todos teníamos clavada en la mente y en el corazón la consigna: ¡resistir!, ¡resistir!

Una mañana de aquellos preocupantes días, encontrándome en Altavós del Frente, vino a verme Miguel. Su aspecto me sorprendió. Traía el uniforme sucio y maltratado, como si hubiera dormido varias noches sin quitárselo de encima, la barba crecida y animado por enorme prisa. Después de cambiar unas palabras, sacó de la bolsa de costado un montón de galeradas de imprenta corregidas de su mano y me las entregó.

—Toma —dijo— quiero que las leas y me digas lo que te parecen. Es un libro nuevo.

Aquella noche, en el silencio de mi dormitorio, roto por las apagadas descargas de fusilería, que a ratos llegaban desde la cercana Ciudad Universitaria, leí el libro inédito de Miguel Hernández. La conocida fuerza de sus versos se mostraba en éste aún más fulgurante y arrolladora que en los anteriores. Era como

un dramático alarido, como una tremenda angustia que apretara fuertemente el corazón. Tenía por título *El hombre acecha*, y en su primera página, llevaba una extensa dedicatoria a Pablo Neruda. Durante mucho tiempo perduró en mí la enorme impresión que me causó. Al día siguiente se presentó de nuevo para recoger las pruebas. Hablamos del libro y le expresé la opinión que queda consignada. Nada objetó. Se limitó a decir, como si hablara para sí, algo parecido a esto:

—Me asusta el hombre cuando se transforma en fiera.

Comentamos a continuación la marcha de la guerra y me dijo que pensaba ir pronto a Valencia para ocuparse de su obra. Antes de despedirnos, ya en la calle, exclamó:

—Hemos de estrechar nuestra amistad.

Y con un abrazo nos dijimos adiós. Ya no volvimos a encontrarnos en parte alguna durante los tres meses finales de la guerra, ni supe nada de él. Hasta que llegó al Penal de Ocaña donde yo me encontraba.

El hombre acecha no llegó a publicarse. Había quedado impreso en la Tipografía Moderna de Valencia. Huido como estaba, su autor no pudo ocuparse del libro. En aquellos momentos,

sólo le interesaba salvar su vida. Fácil es suponer que con *El hombre acecha* se haría un gran auto de fe en la embriaguez de la victoria.

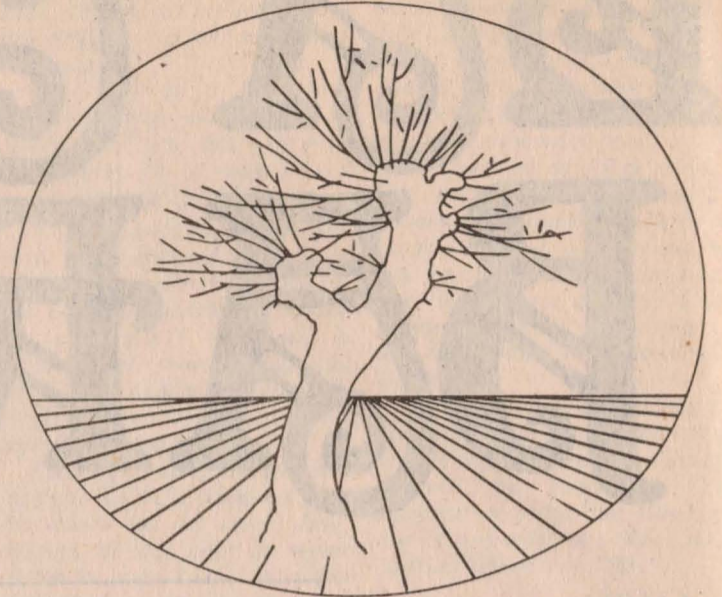
La obra se dio definitivamente por perdida, y en esta certeza transcurrieron cuarenta años. Hasta que apareció un juego de capillas en la biblioteca de don Antonio Rodríguez Moñino. Sin duda, Miguel trajo a Madrid varios de ellos, compaginados, de las galeradas que yo vi. Uno lo dio a este amigo y otro a don José María de Cossío que lo llevó a su casa de Tudanca. Merced a este último, pudo al fin ver la luz el libro en una valiosa edición facsímil patrocinada por la Diputación de Santander, con estudio previo y notas de los poetas Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia.

La nota que lleva en la solapa es un juicio certero de la obra. Dice:

“El hombre acecha ha sufrido vicisitudes que casi podrían verse como un reflejo de la desventura misma de su autor. Participó de entusiasmos y amarguras, le alejó el heroísmo y le atribuló el dolor. Se malogra a punto de culminar. Las adversidades de la postguerra lo secuestran y lo hunden, si no en el olvido, si en el silencio y la persecución”.

¡Estaba escrito que así tendría que ser!

colección  
HISPÁNICOS UNIVERSALES



## EL HOMBRE ACECHA CANCIONERO Y ROMANCERO DE AUSENCIAS Miguel Hernández

Edición, introducción y notas  
Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia

## Un recuerdo

ANTONIO BUERO VALLEJO

He recordado, aquí o allá, cosas de mi amistad con Miguel. Referiré ahora algo que a mí me contaron, y casi lo prefiero; pues, ante un gigante de la poesía como lo fue él, se me antoja más discreto y con menor riesgo de presunción el papel de simple coreuta que el de amigo personal. Otro de los muchos que tuvo me confió el suceso cuando el azar de la represión franquista me llevó desde la prisión de Santa Rita al penal de Ocaña, donde Miguel había estado tiempo atrás. Entre otros admirables poemas, se me dijo, allí concibió esa bellísima poesía que se titula “El pez más viejo del río”, en la que la madurez defraudada reencontra la alegría al contacto con una “niña solar”. (Niña, dicho sea de paso, y no niño, como en alguna transcripción he leído; que no a ninguno de sus hijos, sino a otra persona, fue dedicado el poema). La niña, que suponemos encantadora, existía realmente. Nuestro gran poeta la vio en la foto que el padre contemplaba, melancólicamente sentado en su petate. Aquel anónimo compañero de cautiverio sería, tal vez, un recio campesino del yermo castellano, pero ya nunca lo sabremos. Sólo sabemos que, a preguntas del poeta, manifestó su tristeza por no saber qué mandar, cómo festejar el inminente cumpleaños de su hijita. Y Miguel le pidió que le prestase la cartulina, y se fue a

su yacija, y miró hondamente a la niña lejana desde el fondo de sus propios dolores, y tornó junto al compañero entristecido al cabo de un rato con el regalo de unos versos para su hija: el obsequio que aquel padre quería mandar y no sabía cómo. ¿Una anécdota sentimental? Por supuesto; nunca menospreciamos el sentimiento. Pero mucho más también: un ejemplo de compasión y de generosidad; la afirmación imbatible de la vida desde la pre-muerte; una victoria más del

arte, edificada sobre la agonía de la derrota. La espléndida corroboración, en suma, de que los más destructores sufrimientos, propios y ajenos, no pueden destruir la poesía: Y todo ello, evidente en el rasgo de un creador irrevocablemente ligado al más insignificante hombre que a su lado padeciese. Así radicalmente humano, era el poeta Miguel Hernández, y muchas otras veces pude comprobarlo. De una de ellas nos queda esta breve joya: “El pez más viejo del río”. Nada estorba a su calidad y hondura, sino al contrario, que nos revele el mínimo —pero enorme— incidente al que debemos el conmovedor poema de la “niña solar”.



MIGUEL HERNANDEZ

Retrato de M. Hernández por Antonio Buero Vallejo

**RCA**

**Restaurante Casa Aurelio**

Sinagoga 8 ☎ 222097  
Sinagoga 1 ☎ 221392  
Plaza del Ayuntamiento 8  
☎ 227716

**TOLEDO**